



88140193



SPANISH A: LITERATURE – HIGHER LEVEL – PAPER 1
ESPAGNOL A : LITTÉRATURE – NIVEAU SUPÉRIEUR – ÉPREUVE 1
ESPAÑOL A: LITERATURA – NIVEL SUPERIOR – PRUEBA 1

Thursday 20 November 2014 (afternoon)

Jeudi 20 novembre 2014 (après-midi)

Jueves 20 de noviembre de 2014 (tarde)

2 hours / 2 heures / 2 horas

INSTRUCTIONS TO CANDIDATES

- Do not open this examination paper until instructed to do so.
- Write a literary commentary on one passage only.
- The maximum mark for this examination paper is *[20 marks]*.

INSTRUCTIONS DESTINÉES AUX CANDIDATS

- N'ouvrez pas cette épreuve avant d'y être autorisé(e).
- Rédigez un commentaire littéraire sur un seul des passages.
- Le nombre maximum de points pour cette épreuve d'examen est *[20 points]*.

INSTRUCCIONES PARA LOS ALUMNOS

- No abra esta prueba hasta que se lo autoricen.
- Escriba un comentario literario sobre un solo pasaje.
- La puntuación máxima para esta prueba de examen es *[20 puntos]*.

Escriba un comentario literario sobre **uno** de los siguientes pasajes:

1.

Parábola de un hueso difícil de roer

Bájate de esa nube, me pidió ladinamente la tía Genoveva mientras bebía té coreano a la sombra de una luna tan baja y luminosa que nos obligaba a usar gafas oscuras y a caminar casi a gatas por el jardín: Estar trepado todo el tiempo en una nube no es sano, no es normal. Anda, baja de ahí. Tú sabes que te lo digo por tu bien. ¿Verdad que se lo digo por su bien?, preguntó sin dirigirse a ninguno de sus criados, quienes sacudieron afirmativa y domesticadamente sus cabezotas inservibles. ¿Lo ves, mi lindo? Vamos, baja de una vez. Comprende que vivir en esa nube no te conviene, tienes que abandonarla, ser como los demás, poner los pies en la tierra, pensar en el futuro, en la felicidad.

En realidad nunca he sido muy propenso a pensar en tales paliativos. Y ahora menos. Porque así como el personaje de Henry James —*El último de los Valerios*— adoraba una estatua teniendo una hermosa mujer, yo adoro una nube. Y esa nube es mi vocación, mi valor, mi destino; es mi ternura, mi razón de ser, mi bien terrestre único e insobornable. Dejarla significaría una cobardía, una traición inmedible. ¿Y qué sería de mi existencia sin ella sino una falsedad, una impudicia, una abyección definitiva, un fracaso?

Así que, apropiándome de las indoblegables palabras de Bartleby¹, repuse que preferiría no hacerlo. La luna llena sonrió y se alejó un poquito. Los ojos de la tía Genoveva se aborascaron detrás de los cristales ahumados. Piénsalo bien, me amagó con taimada² dulcedumbre. No necesito pensarlo dos veces, le contesté, y aproveché para untarle en las orejas aquella escrupulosa frase de Poe: “Acuñar moneda con el propio cerebro, a una señal del amo, me parece la tara más dura de este mundo”. Eso es literatura, babeó la vieja sinuosa con sorna, con un inocultable rencor: Tienes que ser práctico. Déjate de tonterías y baja ya. Pero ocurre que hay obediencias para las que estoy negado. De manera que dije no [...]. Porque ya se sabe que decirle no a la tía Genoveva es lo peor que puede hacer un hombre, lo más peligroso, lo que margina, desmantela, condena irrevocablemente, invalida, aniquila. “Nuestro planeta fue hecho para quienes asienten, conceden y toleran”, escribió alguna vez Julio Torri. “Los que contradicen no son de este mundo.”

Está enfermo, chillaron en jauría los lacayos de la tía Genoveva: Necesita ayuda profesional, está loco. Y con ese fervoroso sentido común de los cretinos determinaron despojarme de casa y de trabajo, cerrarme las puertas, cambiar las cerraduras, dejarme desnudo, en la miseria, y aún así porfí que no, y entonces empezaron a golpearme duro y a la cabeza, duro y al cerebro, duro y al origen de la terquedad, duro y sin misericordia para que entendiera, para hacerme entrar en razón, para extraerme “esa nube maligna que te está arruinando”. Y entre golpe y golpe la querida títa me rogaba perniciosamente: Hazlo por la mujer que amas, hazlo por el hijo de tu sangre, hazlo por tus hermanos, por tus padres, hazlo por la integridad de tu hogar, hazlo por la fe cristiana que te inculcamos, hazlo por la sociedad. No seas testarudo, no seas intransigente, no seas rebelde.

Desciende de tu nube y todo te será perdonado. Mira a tu alrededor, todos te queremos. ¿Por qué insistes en causarte daño, en perjudicarte, en destruirte?

No cedí, sin embargo. Y fueron días y semanas y dos meses y medio de soportar indignidades, torturas, escarnios. Y no me rendí. Y entonces, parapetados en su infame impunidad, corrieron entre los habitantes del jardín la cobarde especie de que el pobre Agustín se había vuelto loco, y que no tenía remedio. Y luego, creyéndome arruinado para siempre, me echaron a la calle como quien se deshace de un mueble viejo, de un andrajo. Pero la tía Genoveva y sus militantes de la servidumbre ignoran que, como apunta Juan José Arreola³, “el hombre nunca tendrá una sola cabeza, para que alguien pueda segarla de un golpe”. De modo que a pesar de las depredaciones y de las canalladas con que me batallaron, todavía respiro, y todavía soy capaz de procurarme un pan, y todavía traigo en su sitio mis redaños⁴ y mi nube anda conmigo.

Agustín Monsreal, *La banda de los enanos calvos* (1987)

¹ Bartleby: personaje ficticio, protagonista del cuento de Herman Melville “Bartleby, el escribiente”, publicado en 1853

² taimada: astuta (DRAE)

³ Juan José Arreola: escritor mexicano conocido por sus cuentos y microrrelatos (1918–2001)

⁴ redaños: fuerzas, bríos, valor (DRAE)

2.

Abre todas las puertas

Abre todas las puertas: la que conduce al oro,
la que lleva al poder, la que esconde el misterio
del amor, la que oculta el secreto insondable
de la felicidad, la que te da la vida
5 para siempre en el gozo de una visión sublime.

Abre todas las puertas sin mostrarte curioso
ni prestar importancia a las manchas de sangre
que salpican los muros de las habitaciones
prohibidas, ni a las joyas que revisten los techos,
10 ni a los labios que buscan los tuyos en la sombra,
ni a la palabra santa que acecha en los umbrales.

Desesperadamente, civilizadamente,
conteniendo la risa, secándote las lágrimas,
en el borde del mundo, al final del camino,
15 oyendo cómo silban las balas enemigas
alrededor y cómo cantan los ruiseñores,
no lo dudes, hermano: abre todas las puertas.

Aunque nada haya dentro.

‘Abre todas las puertas’ in Luis Alberto de Cuenca, *Los mundos y los días. Poesía 1970–2005* (2012)
